

LA TURBIA INTIMIDAD DE LOS ESPEJOS

El hombre se atrincheró en el cuarto de baño en un arranque de desobediencia. Encerrarse en el baño era su única licencia desde que se mudó el suegro a vivir con ellos, no es que le hiciera mucha gracia, pero es ley de vida, esa frasecita fatalista...

El hombre se llamaba Mariano, como en los chistes de Forges, había comprado el adosado pensando en la familia, y llevaba media hora encerrado en el cuarto de baño hojeando el periódico. Luego, por hacer algo, para justificar el encierro, tiró de la cadena y se echó agua fría en la cara. Mientras se secaba, se miró en el espejo y se encontró cambiado. Mucho más viejo. Claro. A fuerza de tirar del carro (el adosado, con suerte, terminaría de pagarlo en el dos mil veinte), a fuerza de templar gaitas (¿su mujer?, su mujer era una santa). A golpe de letras, de escalafones y de batallas. Bueno, hombre, bueno. Otros con menos no se quejaban.

El tipo del espejo no le quitaba ojo. Mariano sonrió recordando un trabalenguas que le contaba su padre de pequeño: "Dijo la perdiz al hombre qué haces ahí hombre qué haces ahí perdiz dijo el hombre..." ¿Qué haces ahí, hombre?, se preguntó en voz alta, y acercó la mano al cristal para tocar la reflexión de su otra mano en un simulacro de saludo. Ahí fue cuando notó que pasaba algo raro. El tacto del espejo no era el de siempre. Había sido una sensación blanda,

como pulposa, absorbente. Una vibración extraña. Volvió a comprobarlo: acercó el índice de su mano derecha al de la mano izquierda en el espejo, y se asombró de no encontrar resistencia, como si en vez de tocar la superficie esmerilada del cristal hubiera introducido el dedo en un agujero. Vaya por Dios... Enseguida lo achacó al cansancio: tienes que aflojar el ritmo, Mariano, que estás en nómina para el infarto.

Su reflejo, sin embargo, más bien parecía tomárselo a broma. No es que sonriera. Igual que él, que tampoco sonreía. Pero la mirada cómplice lo invitaba a probar de nuevo. Entonces zambulló el brazo entero dentro de la luna, como si fuera agua. Tuvo que hacer fuerza para recuperarlo y traérselo de vuelta al cuarto de baño: el espejo lo aspiraba como un vacío. Igual que una gota de mercurio absorbe a otra gota, pensó, recordando los termómetros rotos de su infancia. Pero la cosa no dejaba de tener su gracia. ¿Bueno, qué?, se encaró con su doble. ¿Me dejas pasar o me meto por la cara? El otro lo miraba fijamente a los ojos. Mariano le hizo una seña, espera, que voy, y se enfundó de golpe en el espejo como quien se mete un jersey por la cabeza.

Del otro lado todo era idéntico pero inverso. Se equivocó un par de veces entre la ventana y la puerta, que estaban justo del revés que en casa y que por desgracia no se abrían, ni siquiera

pulsando sus mecanismos a contrario. Luego quiso saber qué escondería el armarito, por si en aquel mundo hubieran inventado recetas mágicas, pero en sus repisas encontró los mismos útiles de cada mañana, los pildorazos de cada jaqueca, las cápsulas amargas de todos sus ardores de estómago. Se dedicó a palparlo todo, por si acaso, pero el aire y el agua, y el jabón, y las toallas, hasta la aspereza de su propia barba, tenían la habitual, aburrida, insípida consistencia.

Iba ya a regresar, desengañado, al mundo en positivo, cuando oyó que lo llamaban: “¡Mariano!” Era su mujer. “¿Dónde está Mariano, papá?”, y la voz ronca de don Julián: “No sé, hija, pero yo tengo que ir al baño un momentito.” Mariano tuvo el tiempo cabal de saltar dentro de la bañera y correr la cortina, y ya el suegro se le había colado de rondón en la viñeta.

El suegro sí que cerró el pestillo, cosa que él ahora lamentaba no haber hecho. Caramba, pensó Mariano, no pretendía yo asistir a ningún alumbramiento. Se quedó agazapado, esperando. Pero la función no iba de partos. El olor que le llegó era de cigarro. Para más señas, puro. Por una rendija entre la cortina de hule y el alicatado, vio al suegro prendiendo con parsimonia uno de los habanos que a él, a Mariano, le habían regalado los compañeros de la oficina por sus veinte años de dedicación a la empresa, y que él se racionaba para que le duraran. ¡Si hasta los tenía contados! Y mira por dónde, el suegro... Precisamente el suegro, que cuando él le pedía un pitillo invariablemente se disculpaba: “Me queda sólo uno en el paquete, pero cógelo, hombre”, y él: “No, deje, deje, don Julián, si así fumo menos.” Juró que en cuanto saliera de aquella trampa iría a comprobar cuántos le había ventilado. Pero mientras tanto tuvo que aguantar como un valiente a que el abuelito se rebañara el veguero, sentado sobre la tapa del retrete. Y él allí, rabiando.

Por fin el suegro mojó el pucho con agua, lo envolvió en un trozo de papel higiénico, se lo echó al mismo bolsillo en el que había metido su contrabando, tiró de la cadena y salió del baño tosiendo. ¡Ahora!, pensó Mariano. Descorrió un poco la cortina cuidando de no hacer ruido. Iba a aventurar un pie fuera de la bañera cuando entró su hijo Quique silbando. Bueno. Quique acabaría pronto. Seguro que sólo iba a cambiarle el agua al canario, como decía precisamente el abuelito, que era muy castizo y bebía vino con sifón y agua de litines. Pero no, porque



también Quique se encerró por dentro del baño y, desde su puesto de vigía detrás del hule, Mariano vio cómo se sacaba de debajo de la camiseta una revista, la posaba en equilibrio sobre el lavabo, se bajaba la cremallera del vaquero y daba rienda suelta a su talento pasando las páginas de papel cuché llenas de hermosuras siliconadas. Vaya vaya con el Quique, qué once añitos más bien aprovechados. En el fondo a Mariano le hizo mucha gracia descubrirse un hijo tan precoz y tan gallo. Lo que no le hacía tanta gracia era tener que esperar a que se instruyera una y otra vez con la revista, y él allí, castigado.

Menos mal que tocaron a la puerta del baño: “Jo, Quique, sal ya, que llevas más de media hora ahí encerrado.” “¡Ya voy!”, gritó Quique recogiendo atropelladamente y volviendo a guardar todo lo que había sacado. Pero por lo visto a Mariano no le llegaba aún la hora de la emancipación, porque según salió Quique del baño lo relevó su hermano. Todos, todos se encerraban con cerrojo por dentro, menos él, pensó Mariano, por mentecato, por confiado. Le dolía la espalda por culpa de la postura, y se le había dormido una pierna. Mientras la movía despacito para que le volviera a circular la sangre, cuidando de no rozar la cortina para no delatarse, oía a Manu, él sí, cambiarle por fin el agua al famoso canario. Menos mal, pensó Mariano, éste va a terminar enseguida.

Pues no, vaya por Dios, porque enseguida lo oyó otra vez, revolviendo dentro del armarito. Se asomó un poco a la cortina, para ver qué buscaba, pero el armario quedaba fuera de su ángulo de visión. El muchacho tardaba. Por fin apareció y se plantó delante del espejo. En ese momento Mariano pensó que lo iba a descubrir allí escondido. A ver cómo le explicaba aquello a su hijo, y que no se lo contara a su madre, porque entonces sí que sí... Sin embargo Manu estaba demasiado ocupado para darse cuenta. Se miraba al espejo de refilón como si mirara a otro, haciendo muecas y pucheros. Después se escrutó con gesto crítico, y de repente se arrancó un par de pelos del entrecejo con unas pinzas que habría sacado del armario. Qué barbaridad. A Mariano le dolió como si fuera su propio vello. Pero Manu, como si tal cosa, se mojó un dedo en saliva y se alisó el dibujo de las cejas. Luego, sin dejar de observarse de rato en rato, como quien mira al adversario para calcular el impacto, se dibu-

jó una raya negra en los ojos con un pincel muy finito que Nati sólo usaba cuando se arreglaba para salir a cenar, y a continuación se pintó los labios sin derramarse ni mancharse. Se le veía muy diestro. En ese preciso instante Mariano captó con meridiana claridad una frase de Quique, eso que dicen los chicos de que se les han cruzado los cables. A él en ese momento se le estaban cruzando sin lugar a dudas, porque no lograba comprender la metamorfosis que se había operado en su hijo. ¿O era su hija? Tantas tardes de pesca, tantos partidos de fútbol cuando era pequeño, y después nada. Claro, ahora entendía a qué venían aquellas disculpas: “Es que tengo mucho que estudiar, papi”. ¿Qué chico tan raro era ése, que prefería estudiar en vez de jugar al fútbol? Y Nati: “Déjalo, Mariano, que el muchacho se lo toma muy en serio.” Allí estaba el serio, con el pelo recogido en una especie de moño que se había hecho con las horquillas de su madre. “Que te cortes el pelo, muchacho”, le decía siempre su abuelo, pero él se reía: “¿Qué me das si me lo corto, abuelito?”, y claro, con lo pichirre que era el suegro... Manu mientras tanto había dejado la camisa doblada sobre el borde de la bañera y andaba enjabonándose el pecho y los sobacos. Para afeitárselos, adivinó Mariano, anticipando. Tenía gracia, en el fondo: tantos años de quitarse el pan de la boca, tantos desvelos para educarlos, y ahora esto, pensaba Mariano mientras su hijo mayor se contoneaba por el cuarto de baño. Y aquel extraño desconocido habría seguido con su metamorfosis, de no ser por Nati aporreando la puerta: “¡Mariano! ¿Estás ahí? ¡Abre!” A lo cual Manu: “No, mami, soy yo, enseguida salgo”, echándose crema en la cara y restregándose con un clínex hasta no dejar ni rastro. Y él allí, con los cables cruzados.

“Manu, ¿sabes dónde está tu padre?” Madre e hijo se encontraron en la puerta del baño. “Ni idea, mami”, desfiló el otro, por si aún llevaba restos de maquillaje. Nati se quedó un momento pensativa. Luego, como con desgana, entró en el cuarto de baño. Mariano se revolvió en su cárcel de aire y estuvo a punto de rendirse. Ya empezaba a cansarse de descubrir entresijos, y además había quedado a las cinco con Ramiro para ir a revisar un balance que no les cuadraba. Pero bueno. Tampoco adelantaba nada con ponerse de los nervios. Ojito con el infarto... Recostado contra las baldosas frías,

con cierta aprensión, esperó a que su mujer también se confesara.

Lo primero que hizo Nati fue mirarse al espejo. Pero no con coquetería, como Manu, sino muy seria. Y Mariano ya pensaba que lo había descubierto, de lo seria que estaba, cuando de repente su mujer se echó a llorar con la cara entre las manos. Él estuvo a punto de saltar fuera de su escondite. A pesar de los años de matrimonio aún le guardaba afecto, y le sabía mal verla así, tan afligida. Dudó un poco, porque no se le ocurría qué contarle de su aventura, ni cómo reaccionaría ella. Pues buena era... Y en ésas andaba, en el mar de las dudas, cuando Nati se acercó a la fachada lisa del espejo y empezó a comérsela a besos. Desde detrás de la cortina Mariano veía su nariz y sus labios aplastados contra la luna, y veía el azogue empañado por el aliento de su mujer, que ahora hipaba: “¡Ay ay ay, Ramiro, Ramiro mío, qué va a ser de nosotros!” ¿Ramiro? ¿Cómo que Ramiro? ¿Ramiro, su socio? Con ese nombre, no podía ser otro. ¡El bueno de Ramiro! ¡El muy canalla! Así que ella y él... ¿Pero dónde? ¿Dónde, si ellos nunca...? ¿Y desde cuándo? ¿Sería desde aquella tarde...? Estaba tan ensimismado que no vio cómo su mujer se limpiaba las lágrimas, se peinaba un poco la melena y salía del cuarto de baño, dejándolo solo.

Por fin Mariano se extrajo lentamente de la bañera. Se había quedado entumecido. Le pesaba todo muchísimo. Se acercó a donde debía de estar el espejo, y no se vio. Sólo vio el cuarto de baño vacío. Entonces levantó la tapa del retrete, se introdujo como pudo y tiró de la cadena.

Ana Criado Peña (Madrid, 1953)

Por motivos familiares, vive y estudia en Siria, Mauritania, Canadá y Dinamarca. Estudia Filología en la Universidad Complutense. Desde 1978 reside en Tenerife. Actualmente es Catedrática de Francés en Instituto.

Ganadora del Primer premio de Cuentos de CajaCanarias en la convocatoria de 1998. Colabora en el periódico *La Opinión* con una columna en las páginas de opinión titulada “Ubi sum?”. Con la obra *El ruido de las miradas* obtuvo (ex-aequo) el VI premio de cuentos Ateneo de La Laguna, 2000.

